
La memoria

de

Auschwitz

hoy

1.

Cuando, después de lo que el historiador Erik Hobsbawm ha llamado “la era de la catástrofe” (esos 31 años que van desde 1914 a 1945), Occidente en general, y Europa en particular, se disponía a construir el futuro, sintió que tenía que mirar atrás. Esa lección de historia la habían impartido los sobrevivientes del Holocausto con su “nunca más”. El filósofo Theodor Adorno plasmó ese convencimiento en una declaración solemne –lo que él llamó el “nuevo imperativo categórico”–, que reza así: *“Hitler ha impuesto a los hombres un nue-*

MANUEL REYES MATE

vo imperativo categórico para el actual estado de esclavitud: el de orientar el pensamiento y la acción de modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a ocurrir nada semejante”.

A pesar de ese gesto, tan severo y solemne (para los filósofos el término “imperativo categórico” evoca algo parecido a las Tablas de la Ley para una conciencia moderna), ni el antisemitismo ni los genocidios, ni los crímenes contra la humanidad, han cesado. Y podemos preguntarnos si ha sido porque no hemos recordado o porque no basta la memoria.

La idea que yo quisiera exponer ante Vds. es que no hemos recordado bien. El recuerdo moral del que aquí es cuestión no consiste en celebrar el pasado sino en algo tan exigente como “reorientar el pensamiento y la acción”, es decir, pensar con la memoria, pensar anamnéticamente (si se me permite el neologismo) la verdad, la política y la moral.

Reconocer que no hemos recordado, en este día y ante supervivientes de Auschwitz o de Transnistria; reconocer que hemos echado al olvido el deber de la memoria es como ejecutar un segundo abandono de las víctimas y es también una acción insensata porque estamos dejando la vía libre a la reproducción de la barbarie. No nos lo podemos permitir, de ahí que proceda preguntarnos, ante la autoridad de las víctimas,

que significa realmente esa memoria cuyo recuerdo impide que la barbarie se repita.

2.

Admitamos de entrada que recordar Auschwitz es una empresa casi imposible. Esa dificultad tiene que ver con la singularidad de Auschwitz. Decimos, con razón, que Auschwitz es singular porque ahí alcanzó el hombre un nivel de maldad hasta entonces desconocido. Pensemos, para avalar esta tesis, que en el juicio de Nürenberg hubo que inventar una nueva figura jurídica para calificar este crimen: crimen contra la humanidad.

Esta singularidad no tiene que ver con el número de víctimas, ni con liderar el ranking del dolor, como si hubiera víctimas de primera y de segunda. Esa singularidad tiene que ver con el hecho de que Auschwitz era un proyecto de olvido: no tenía que quedar ni rastro, por eso la carne debía ser quemada, los huesos triturados y las cenizas aventadas. Sin soporte físico, debía desaparecer igualmente la significación cultural de ese pueblo y su contribución a la historia de la humanidad. Se trataba de producir un crimen de tal magnitud que, aunque alguien escapara de la cámara de gas y diera testimonio, nadie le creería por la desmesura del acontecimiento. Y, aunque lo creyeran, tratarían de

olvidarlo porque tenerlo presente era vivir con un fardo insoportable. Y así ocurrió: nadie hizo caso al relato de Primo Levi, *Si esto es un hombre*, y tanto él como Semprún tardaron 18 años en volver a tomar la pluma y narrar lo que ocurrió. Nadie quería saber. La gente, decía hace unos días Simone Veil, quería oír testimonios de resistentes, de combatientes, “pero no les interesaban las víctimas de la Shoah porque no se lo creían”.

Es verdad que el proyecto fracasó en parte (Hitler fue derrotado), pero en buena parte también triunfó (por eso hablamos de que se produjo un crimen contra la humanidad). Y en la medida en que triunfó, en esa medida hacer memoria es un reto colosal ya que supone luchar contra la ley de la gravedad.

3.

Mucho se ha hablado de la singularidad de Auschwitz, exagerando tanto por parte de quienes dicen que hablar de ello es profanarlo, como de quienes dicen que allí no ocurrió nada especial. Afirmar que “que Yenin es Auschwitz” o que “Ramala es Varsovia” es, en el mejor de los casos, hacer gala de ignorancia, aunque sea un premio Nobel quien lo sentencie.

Hay que decir, creo yo, que Auschwitz fue algo singular y, al tiempo, algo ejemplar, un símbolo de otros

muchos males. En cuanto un acontecimiento singular representa algo desconocido e incomparable, impensado e impensable; en cuanto ejemplar, es como el desvelamiento de una lógica que está presente en otras muchas manifestaciones del mal. Auschwitz sería entonces como un laboratorio del mal en el que podríamos detectar la estrategia profunda del mal en el mundo. Por eso Auschwitz no invita a cerrar los ojos al sufrimiento del hombre, sino a tenerlos bien abiertos en cualquier sitio y tiempo.

Primo Levi expresa muy bien el carácter inclasificable de Auschwitz cuando dice que comprenderlo es como justificarlo. No podemos comprenderlo pero sí podemos y debemos conocerlo. De hecho conocemos casi todo. Pero aunque lo conozcamos todo no conseguimos entender nada; no podemos explicarnos cómo todas esas causas detectadas tuvieran que llevar por alguna lógica a la producción industrial de la muerte.

¿Y qué significa conocer Auschwitz? Que es el final de un largo proceso que se ha desarrollado a la vista de todo el mundo, de ahí la responsabilidad por parte de quienes se aplican a conocer la realidad, particularmente los intelectuales y los políticos.

No olvidemos, en efecto, que es el final de un proceso que tiene siglos tras de sí y que el historiador Raul Hilberg sintetiza en tres grandes consignas históricas:

a) la que dieron los misioneros cristianos cuando en el siglo tercero Occidente se conformaba desde el cristianismo. Entonces se les dijo a los judíos: “no podéis vivir entre nosotros como judíos”. Si queréis vivir, tenéis que convertirlos.

b) La que guió al nacimiento de los estados modernos. La consigna era: “No podéis vivir entre nosotros”, por eso seréis expulsados. Y lo fueron de Sefarad y de Inglaterra y de tantos otros Estados.

c) Los nazis culminaron el proceso decretando un definitivo “no podéis vivir” y por eso hay que exterminaros.

Porque es un proceso inscrito en la historia de Occidente es por lo que toda esa lógica letal podía ser detectada y denunciada. Lo hicieron algunos, es verdad que muy pocos, exigiendo tirar del freno de alarma y parar esa locomotora que llevaba al desastre. Les podemos llamar, con la ayuda de una expresión benjaminiana, “los avisadores del fuego”: Kafka, Rosenzweig, Benjamin y algunos otros.

Franz Rosenzweig vio, bajo la noble filosofía, una ideología de la guerra. Cuando los presocráticos definieron el saber filosófico como la reducción de la variedad del mundo a un único elemento –“todo es agua” decía Tales de Mileto– se estaba violentando la realidad, al reducir la pluralidad a un solo aspecto. Esa for-

ma de conocer –la propia del concepto– lleva al totalitarismo, decía este sobrio y genial pensador judío.

Los avisos de Benjamin son múltiples. Frente a quienes pensaban que el fascismo era un invento arcaico, él llama la atención sobre la proximidad entre fascismo y progreso (*Tesis 8*). Nada favorece tanto al fascismo como presentarle como lo opuesto al progreso, puesto que de esa manera aceleramos el progreso y aumentamos el caldo de cultivo del fascismo. ¿Qué es lo común? La tranquilidad con la que uno y otro sacrifican a una idea o al bienestar de unos pocos a seres humanos inocentes y, en general, débiles. Él no era un antiprogresista pero distinguía entre un progreso capaz de sacrificar lo que se le ponga por delante con tal de avanzar y otro progreso que sirve al bienestar y a la felicidad de la humanidad.

Kafka dejó constancia, en *La Colonia Penitenciaria*, de la autonomía asesina de la máquina y, en *El Proceso*, el burocratismo de la vida moderna que permite ser una pieza de un engranaje mortal sin que uno se sienta responsable del producto final. Pero me interesa señalar otro aspecto: el de la animalización. Los personajes kafkianos se transforman con frecuencia en animales. El Gregor Samsa de *La metamorfosis* amanece siendo un bicho (*Ungeziefer* en alemán, el mismo nombre que darían luego a los judíos de los Lager) y en

el Discurso a la academia, un ex-simio comparece ante sus colegas, inquietos porque creen detectar tras ese aparente noble académico rastros de su pasado de simio. El aviso de Kafka: no nos creamos eso de que el hombre moderno es sujeto de derechos; para el poder el ser humano es un animal.

Pero si los traigo a colación no es porque acertaron sino porque no acertaron. Ni siquiera ellos, los avisadores del fuego, pudieron pensar lo que realmente ocurrió: hablaban del crimen político, del crimen como arma política, y apareció el crimen contra la humanidad; habían intuido con espanto la generalización de los campos de concentración y lo que apareció fueron los campos de exterminio, previeron una guerra con fuego y llegaron las cámaras de gas.

Es ese sentido se puede decir que Auschwitz fue lo impensado. Y cuando lo impensado tiene lugar, se convierte en lo que da que pensar. Por eso hay que hablar de un antes y un después de Auschwitz: en la medida en que lo que da que pensar no puede ser deducido de lo anterior y se convierte en punto de partida del pensar, hay que convocar a la memoria para que dispare el pensar. Hay que pensar anamnéticamente.

4.

Como hemos dicho ese pensar de la memoria significa re-pensar el concepto de verdad, de política y de moral. Es decir que la memoria no es un gesto sentimental, un suspiro compasivo al ver las imágenes terribles de los campos, sino una operación teórica y práctica, porque afecta a la epistemología y también a la razón práctica, es decir, afecta a la misma idea de verdad y cómo entender la política.

4.1.

¿Qué significa entonces reorientar el pensamiento? ¿Qué significa una teoría del conocimiento que tome en serio el pasado? Significa ver la realidad con la mirada de las víctimas. Como en esa primera secuencia del film *Shoah* de Lanzmann, Srebnik, un superviviente checo, nos invita a que le acompañemos silenciosamente por un campo que a primera vista no tiene ningún secreto hasta que se para y dice “era aquí”. Allí no vemos nada, sólo césped y árboles. Pero allí estaba la cámara de gas. Él lo ve y nos lo dice. Lo que él ve forma parte de la realidad física de ese bosque.

De la realidad forma parte una historia oculta que escapa al ojo ordinario pero que es el secreto del testigo. No es lo mismo un bosque, con crímenes que sin ellos. No es lo mismo un barrio nuevo que fue un gheto, que un barrio sin historia. La mirada de la víctima pro-

yecta una luz nueva gracias a la cual podemos descubrir un continente escondido debajo de lo que aparece. Ese continente oculto olvidado es la *historia passionis* de la realidad. Adorno ha captado ese descubrimiento cuando dice que “el sufrimiento es la condición de toda verdad”. La verdad no es sólo la realidad que viene a presencia, sino la que no está, la que quiso ser y quedó aplastada al borde del camino.

Para poder captar esa realidad oculta, Benjamin rescata la figura barroca del alegorista que se fija en lo que la historia tiene de fallido, dolorido o intempestivo (en las calaveras, la naturaleza muerta, seres aplastados o martirizados). Y eso que a la mirada ordinaria se manifiesta como algo natural, petrificado, inerte o muerto, él lo ve como “un deseo de redención”, como una historia que gana para la vida el proyecto de vida que ahí aparece como muerto y petrificado.

4.2.

¿Qué significa reorientar la política o repensar la política teniendo en cuenta la barbarie? ¿Qué idea de la acción política lleva consigo la memoria?

La siguiente: si resulta que nuestro presente está construido sobre las espaldas de los vencidos, entonces si queremos hacerles justicia tenemos que entender nuestra acción, también la política, como duelo: algo nuestro hemos perdido con la pérdida de los de-

más. Decía Elie Wiesel que en Auschwitz no sólo murió el judío sino también el hombre. Cuando hablamos de “crimen contra la humanidad” no sólo hablamos de genocidio (*Menschheit*), es decir, atentado contra la integridad biológica de la especie, sino también de crimen contra lo humano del hombre, contra sus conquistas civilizatorias frente a la barbarie (*Menschlichkeit*). Hacer política con memoria es hacer presente en ella el duelo y la deuda. Estamos en duelo porque nos han privado, han destruido un momento de humanidad que nos pertenecía y que de haberla tenido hubiéramos hecho un mundo mejor.

De ahí que ese duelo, por la pérdida de algo nuestro, se doble en deuda, en reconocimiento por el esfuerzo que hicieron por abrirnos una vía de futuro.

Reorientar el pensamiento político desde la memoria de Auschwitz, significa pensar la política como duelo y deuda. Nada que ver ese talante responsable con la actitud triunfadora del político llena de sonrisas y abrazos porque ha triunfado sobre su rival. ¿De qué se ríen los políticos cuando la política es asunto de tanta responsabilidad?

4.3.

Finalmente, ¿qué significa repensar la moral desde la memoria de la barbarie? Significa reconocer la actualidad de las injusticias causadas a las víctimas. Vivi-

mos en una cultura en la que la justicia ha sido fagocitada por el derecho. Pero no hay que confundirles: la justicia del derecho se agota en el castigo al culpable. La justicia moral piensa fundamentalmente en la víctima, es decir, se plantea la justicia como respuesta a la injusticia.

Y la injusticia perdura mientras no sea satisfecha, independientemente del tiempo transcurrido o de la solvencia del autor de la injusticia. Ese reconocimiento de la actualidad de la injusticia pasada es la obra de la memoria moral.

Primo Levi lo explica bien cuando responde a sus lectores diciéndoles: “los jueces sois vosotros”. ¿Cómo puede ser juez el lector de un relato o un espectador del film *Shoah*? Porque al apropiarse del testimonio del testigo por medio de la lectura, queda en su memoria la conciencia del crimen cometido y por tanto en él queda actualizada la injusticia pasada.

5.

Los desafíos de la memoria son colosales (reconocer que el sufrimiento es la condición de toda verdad, entender la política como duelo y deuda y la moral como actualización de la injusticia pasada), están en relación proporcional a su fragilidad.

La memoria es frágil porque nuestra cultura es del presente. La modernidad, dicen sus intérpretes, es

postradicional y eso significa no querer saber nada del pasado. Nietzsche se hace el portavoz de ese convencimiento de la cultura occidental cuando escribe que para vivir hay que olvidar.

Podemos aclarar esta alergia de Occidente a la memoria, invocando el diálogo *Menon* de Platón. Ahí se dice que el conocimiento es anámnesis. Pero, ¿qué memoria? Recordemos que Sócrates, para demostrar que el conocimiento es memoria, decide hacer un experimento. Pide que se le traiga a alguien sin conocimientos, un esclavo, para demostrar cómo ayudándolo a recordar puede saber tantas matemáticas como él. Notemos, sin embargo, que pregunta si el esclavo habla griego. Es una pregunta capital. El invento funcionará, es decir, el esclavo podrá apropiarse de lo que sabe la lengua griega si los dos hablan griego. Pero lo que Sócrates olvida es que el esclavo también habla una lengua de esclavo, que Sócrates no conoce, y cuyos contenidos sólo puede conocer si el esclavo se lo comunica. La memoria que nos interesa es la de la lengua del esclavo. Sólo la conoceremos gracias a las preguntas que nos plantee. Conoceremos lo que sea la justicia cuando el esclavo nos hable de las injusticias.

Y la memoria es frágil porque hemos perdido facultades, “hemos perdido la forma”, como se dice en la jerga deportiva. Ha disminuido la capacidad de recor-

dar. Ocurre con el hombre como con la naturaleza: hay daños irreversibles. Lo que quiero decir lo explica muy bien Jorge Luis Borges en *Deutsches Requiem*. Habla de un oficial nazi, Otto Dietrich zur Linde, que va a ser ejecutado al amanecer. Durante la noche repasa su vida. Se siente satisfecho. Ha cumplido con su deber, ha estado a la altura de las circunstancias, ha puesto su vida a disposición de su proyecto de creación de un hombre nuevo. Sólo ve una mancha en su immaculado expediente. Ni siquiera fue una mala acción. Fue un momento de duda que superó felizmente. Se refería a aquel hombre, un anciano amable y bueno, inocente sin duda. Se llamaba Jerusalén y era poeta. Estuvo a punto de salvarle la vida. Pero resistió felizmente a la tentación y lo condenó. Ahora se pregunta si el bueno de Jerusalén entendió por qué lo hizo. Lo hizo, dice, *“para matar la compasión que empezaba a renacer en mí”*.

El crimen ataca directamente a la humanidad del hombre. Y dado que el pueblo asesinado fue el pueblo de la memoria nos podemos preguntar si no murió allí de alguna manera también la memoria.

6.

A la vista de la debilidad del hombre en su capacidad anamnética se entiende que Adorno levantara la

voz e hiciera de la obligación de recordar un imperativo categórico. Se impone la creación de una educación en Auschwitz, de una cultura de la memoria y para ello actos como estos son necesarios. Debemos entender que Auschwitz no es un asunto de judíos y alemanes, ni exclusivamente de europeos. Auschwitz es un símbolo, un laboratorio en el que se produce al estado puro una experiencia del mal que está por doquier. Y es también el lugar de una experiencia que puede salvar a la humanidad

Si queremos luchar contra la intolerancia, la xenofobia, el antisemitismo o la indiferencia, hay que estar muy atentos a la mirada de las víctimas, atentos a sus sufrimientos. Tenemos que dejarnos guiar por sus preguntas si queremos que nuestras respuestas políticas sean morales. Es lo que nos pide Primo Levi en el poema *Si esto es un hombre*.

Vosotros que vivís seguros en vuestros hogares
vosotros que encontráis, cuando regresáis
[en la tarde, el plato caliente y rostros amigos,
vosotros, considerad si esto es un hombre
el que trabaja en el fango
el que no conoce la paz
el que lucha por un mendrugo de pan
el que muere por un sí o un no.

Considerad si es una mujer
la que no tiene cabellos ni nombre,
ni fuerzas para recordarlo,
vacía la mirada y frío el regazo
como una rana invernal.
Pensad que esto ha sucedido
Os encomiendo estas palabras.